

**PEQUEÑA
CRÓNICA DE
SANTA CRUZ**

Por Juan Antonio
Padrón Albornoz

El granito centenario de la fuente oculta



La torre de la Concepción da sombra a la centenaria Fuente de Morales que, parcialmente, asoma su estampa de granito —perdurable— como en súplica de su rescate.—(Foto Alfonso Esteban)

Frente al viento fuerte y libre de la mar, bañada de continuo por la brisa marinera, la vieja, centenaria Fuente de Morales muere—se asfixia materialmente—bajo los escombros que esconden su interesante historia de antaño.

Fue hecha la Fuente de Morales para que el sol acariciase las formas movibles de los chorros de agua cantarina. Para vivir, en su desnudez sin sombra de árboles, una vida fuerte y libre, que no encadenada entre orillas frondosas, entre ecos de flores.

La vieja piedra, trampolín de las aguas de Aguirre en los años ya idos para siempre, muere entre el canto continuo, mundo, del hierro y el cemento. Entre el resplandor del cristal que ríe, cerca, con ecos de sol en las altas, modernas cristalerías.

Pero no resurgirán nunca, no, los blancos surtidores. Ni el légamo mojado, cobre, oro, verde, que hoy falta en la incolora sequedad del momento, en la incolora sequedad de la Fuente, que añora la canción de sus aguas rotas, marineras casi.

“En el barrio del Cabo y en la Plazuela que lleva el nombre de este ilustre patricio, se sitúa la fuente que está adosada a la pared del Barranco de Santos, mirando hacia el Sur. Concluida la obra del acueducto y dotada la población de un gran caudal de agua, se condujo ésta hasta el extremo más distante de ella con gran aplauso y entusiasmo”.

Don Francisco Tomás Morales, mariscal de campo de los Ejércitos Reales, fue enviado por Fernando VII como gobernador de las Canarias. Activo, emprendedor y decidido, don Francisco Tomás Morales creó, un año después de su llegada a Santa Cruz la Comisión Gubernativa del Ramo del Agua que, bajo la presidencia del capitán general, estudiaba y entendía todo lo referente a la parte económica.

Y, como las contribuciones impuestas no fuesen lo suficiente como para llevar a cabo la perforación de la montaña que diese paso del Valle de la Leña al de Almeida, contrató un empréstito—con un seis por ciento de interés—para llevar a cabo tan interesante y trascendental obra.

El Municipio, animado entonces de los mejores deseos, concedió la autorización y, con la módica contribución y el empréstito, el vecindario de Santa Cruz pudo, pronto, disponer de un acueducto—que recorría una extensión de ocho a nueve kilómetros—desde el punto conocido por Los Charcos, en el Valle de Tahodio, hasta el propio núcleo urbano.

Doscientas pipas de agua por hora era la capacidad de este acueducto, “de buena mampostería y en un terreno montañoso y muy accidentado, con dos túneles, uno de ellos de alguna consideración, y un puente”.

Siete años fue, aproximadamente, la duración de las obras cuyo coste final ascendió a ocho mil duros.

El Ayuntamiento acordó entonces—y se llevó a cabo—colocar el retrato del general Morales en la Sala Capitular, “como demostración del reconocimiento que tiene la población de Santa Cruz hacia este ilustre canario por la protección que dispuso a esta obra del acueducto”.

En 1837 se llevó a cabo la construcción de la Fuente de Morales. “Se fabricó este monumento con los fondos recaudados para la atarjea, bajo la dirección de don Lorenzo Pastor de Castro, y se dedicó al Excmo. señor don Francisco Tomás Morales en 1838, como un testimonio de gratitud por el beneficio que había reportado a la población dotándola de agua abundante y permanente.

Esta fuente corrió por vez primera el día 2 de febrero del expresado año de 1838, a las cinco de la tarde, a presencia de una numerosa concurrencia; tocó escogidas piezas la música de la Milicia Nacional y se dispararon multitud de cohetes.

—Como obra de arte, sin ser una maravilla, demuestra que ya en aquella época se cuidaba de embellecer la población ajustándose a reglas arquitectónicas. Es de piedra basáltica de las canteras de esta población y tiene cuatro surtidores”. Así la describe, a finales de la década del 70, don Felipe Miguel Poggi y Borsotto en aquella su “Guía histórica-descriptiva de Santa Cruz de Tenerife” que, dado su interés, hay que pensar en ir a una reedición, pues de esta manera, se desperdiciaría en las nuevas generaciones un mayor cariño por ese Santa Cruz que se nos fue, por el que aún tenemos y que, sin sentirlo apenas, se nos escapa. Y para siempre cuando, está en nuestras manos, aún podemos preservar el poco que nos queda.

Desde la célebre “pila”, levantada en 1709, Santa Cruz contaba con fuente para el abasto de su siempre creciente población. En 1805 comienza a funcionar la denominada Fuente de los Caballos y, hacia 1817, la de Santo Domingo, la misma que, en el centro del Santa Cruz de hoy, levanta su cente-

que, bajo la presidencia del capital general, estudiaba y tendía todo lo referente a la parte económica.

Y, como las contribuciones impuestas no fuesen lo suficiente como para llevar a cabo la perforación de la montaña que diese paso del Valle de la Leña al de Almeida, contrató un empréstito—con un seis por ciento de interés—para llevar a cabo tan interesante y trascendental obra.

El Municipio, animado entonces de los mejores deseos, concedió la autorización y, con la módica contribución y el empréstito, el vecindario de Santa Cruz pudo, pronto, disponer de un acueducto—que recorría una extensión de ocho a nueve kilómetros—desde el punto conocido por Los Charcos, en el Valle de Tahodio, hasta el propio núcleo urbano.

Doscientas pipas de agua por hora era la capacidad de este acueducto, “de buena mampostería y en un terreno montañoso y muy accidentado, con dos túneles, uno de ellos de alguna consideración, y un puente”.

Siete años fue, aproximadamente, la duración de las obras cuyo coste final ascendió a ocho mil duros.

El Ayuntamiento acordó entonces—y se llevó a cabo—colocar el retrato del general Morales en la Sala Capitular, “como demostración del reconocimiento que tiene la población de Santa Cruz hacia este ilustre canario por la protección que dispensó a esta obra del acueducto”.

En 1837 se llevó a cabo la construcción de la Fuente de Morales. “Se fabricó este monumento con los fondos recaudados para la atarjea, bajo la dirección de don Lorenzo Pastor de Castro, y se dedicó al Excmo. señor don Francisco Tomás Morales en 1838, como un testimonio de gratitud por el beneficio que había reportado a la población dotándola de agua abundante y permanente.

Esta fuente corrió por vez primera el día 2 de febrero del expresado año de 1838, a las cinco de la tarde, a presencia de una numerosa concurrencia; tocó escogidas piezas de la música de la Milicia Nacional y se dispararon multitud de cohetes.

—Como obra de arte, sin ser una maravilla, demuestra que ya en aquella época se cuidaba de embellecer la población ajustándose a reglas arquitectónicas. Es de piedra basáltica de las canteras de esta población y tiene cuatro surtidores”. Así la describe, a finales de la década del 70, don Felipe Miguel Poggi y Borsotto en aquella su “Guía histórica-descriptiva de Santa Cruz de Tenerife” que, dado su interés, hay que pensar en ir a una reedición, pues de esta manera, se despertaría en las nuevas generaciones un mayor cariño por ese Santa Cruz que se nos fue, por el que aún tenemos y que, sin sentirlo apenas, se nos escapa. Y para siempre cuando, está en nuestras manos, aún podemos preservar el poco que nos queda.

Desde la célebre “pila”, levantada en 1709, Santa Cruz contaba con fuente para el abasto de su siempre creciente población. En 1805 comienza a funcionar la denominada Fuente de los Caballos y, hacia 1817, la de Santo Domingo, la misma que, en el centro del Santa Cruz de hoy, levanta su centenario, olvidada estampa.

La cuarta fuente pública que brindó al vecindario de la capital su risa de agua fue la de Puerto Escondido, por entonces—1820—conocida por “chorro de arriba” y que, a finales de 1845, pasó frente a la Plazuela del Patriotismo.

En 1838, la de Morales unió sus canciones de rotas espumas a las antes citadas y, en 1845, la de Isabel II se agregó al concierto.

Santo Domingo a Isabel II bien pueden aún ser restauradas y conservadas y, creo sin muchos dispendios, igual se puede hacer con la de Morales.

Ella vio el nacimiento, el comienzo de una expansión de Santa Cruz, de este mismo Santa Cruz que, sin consideración a sus años, a su significación en el tiempo ido, la oculta y mata.

Pero aún el centenario granito, trabajado al sol fuerte de la Isla, vibra, chispea, recortado, rotundo y perdurable.

Pero ahora el agua abundante, retorcida, voluble brazo desnudo que, como la sangre—sangría de fragua—olía a hie-